

Mi conversión

Perdido caminaba en este mundo hasta que un día el Señor me encontró. Él me tocó de tal manera que soy una nueva criatura en Cristo. Cada día lucho por ser un mejor hijo de Dios, le pido que me ayude a servirle, que me use para atraer a otras personas a sus pies (ver Efesios 1: 15-20).

Hoy en día visito los hospitales, los asilos, hasta he comprado un parlante (altavoz) para salir a predicar en diferentes zonas de la ciudad.

En una ocasión, me encontraba muy temprano trabajando cuando oí una voz que me dijo: «Ve al hospital». No quería hacer caso, pero no pasaron ni dos minutos cuando escuché de nuevo la voz. Me resistía a ir, pero por tercera vez volvió a hablarme. Finalmente, le dije al Señor: «Voy».

Me dirigí al hospital, entré sin ningún problema, nadie me detuvo (cuando es algo complicado normalmente) y comencé a orar sala por sala en cada planta.

Estuve orando desde las 9:30 a. m. hasta que a las 5:00 p. m. llegué a la quinta planta. Entonces me paré a mirar por una ventana y le dije al Señor: «¿Para qué me pediste que viniera aquí? He orado y predicado, y no siento haber hecho lo que tú quieres que haga». En ese momento, salió de la sala una señora. Al verla, la misma voz me dijo hábale, así que me acerqué a la señora y le dije. «Dios me ha enviado a decirle que la ama y que usted es una hija muy especial para él».

Aquella mujer empezó a llorar y a temblar. Cuando la señora se calmó me dijo: «Tengo tres hijos, uno es pastor, otro es líder de escuela sabática y mi hija es maestra de niños de la iglesia, siempre me han imitado a ir a la iglesia, pero nunca he querido ir. Hoy estoy aquí, aislada, no saben lo que tengo.

Durante varias noches he sentido un gran dolor y ya no lo aguanto más. Hoy por la mañana, le dije a Dios: “Nunca he querido ir a la iglesia porque no creo que existas, pero si existes mándame a alguien que venga en tu nombre y creeré”». Mientras ella me contaba esto entendí por qué Dios me había enviado allí. Aquella señora me dijo: «Ahora usted viene a decirme que Dios me ama, hoy se que Dios existe y es real, y le entrego mi vida» (ver Jer. 33: 3).

Esta es una de las experiencias que Dios me ha permitiido vivir junto a él. Usted también puede compartir experiencias de salvación, si le pide que lo use para gloria y honra de su nombre.

Dios me ha usado para llevar tres Grupos Pequeños y gracias a su poder se han rescatado muchas almas para Cristo.

José Danilo Espinal,
miembro de la Iglesia Adventista Tepeyac, Honduras.